

El Venado de Piedra y otros cuentos de cazadores



«...el venado duró buen rato parado sin que mi compadre pudiera dispararle. Luego se desapareció sin verlo correr, ni el rumbo que cogió, ahí mismito, frente a nosotros.»

SERAPIO ARGÜELLES

En su obra *El tigre de Guaitó*, José León Tapia sustenta esta leyenda cuyo origen supone que se pierde en las páginas de la Conquista, y la cual ha perdurado en la cultura del campesino larense, del barinés y del portugués. En ese libro el reconocido escritor barinés cuenta que el general Rafael Montilla «caminaba días enteros con la ilusión ingenua de encontrar el venado blanco con la caramera de catorce puntas, tan encantado y pleno de magia, que para matarlo se necesitaba un cuchillo con cruz labrada a cuchillo y cera bendita de una vela de Semana Santa».

En un sitio llamado La Palma, más allá de Chaparral y Mijagual, cerca de Agua Blanca, a Remigio Urbano le salió el Venado de Piedra o la sierva de piedra, porque él no pudo precisar el sexo del animal, solo sabe que una tarde como a las cuatro él se internó en la montaña para ver si conseguía algún animal para llevar carne a la casa, y en un paraje donde había un chorrito de agua vio un venado que estaba calmando su sed. Al instante Remigio preparó la escopeta y se dispuso a cazarlo, pero en lugar de dispararle siguió detrás del venado que caminaba lento a corta distancia. El venado lo fue llevando y lo fue llevando hasta que Remigio extenuado se paró al pie de un cañafistolo grande que había en el monte y allí se quedó dormido. Cuando despertó duró dos días perdido, hasta que gracias a Dios consiguió el chorrito de agua donde había visto el venado y pudo orientarse y salir de nuevo a la carretera. Remigio todavía no sabe por qué no le disparó al venado.

SERAPIO ARGÜELLES

Campesino de Montañuela, caserío ubicado detrás de Tapa de Piedra, vía Barquisimeto

Una noche me fui a cazar con un compadre mío llamado Nicolás Cedeño, de Acarigua, por los alrededores de la represa de Las Majaguas, y cuando ya estábamos internados en la montañita nos salió un venado grande y cuadrado, bien jamado. Yo le dije a mi compadre, que es mejor tiro que yo: Zámpele, compa..., que no se vaya. Mi compadre se asentó la escopeta en el hombro y al mismo tiempo que él se acomodó para echarle plomo al bicho, este se paró frente a nosotros y se quedó mirando con ojos muy extraños, parecían centellas. Los dos nos miramos con temor y el venado duró buen rato parado sin que mi compadre pudiera dispararle. Luego se desapareció sin verlo correr, ni el rumbo que cogió, ahí mismito, frente a nosotros. Inmediatamente, muy asustados, nos regresamos para la casa.

Los cazadores siempre han sido presa de espantos y aparecidos que, supuestamente, custodian las reservas naturales de la tierra. El señor Francisco Sivira lo confirmó al contarnos algo que le sucedió en sus años de adolescente.

FRANCISCO SIVIRA

A nosotros, Silvestre, Oswaldo y Aristides Bracho, una hermana de ellos llamada Alejandra, Pedro Jiménez y yo, estando muchachos, nos gustaba mucho la cacería y siempre acostumbrábamos hacerle trampa a los animales. Una vez, aquí en Caramacate, cuando todo esto era posesión de mi papá, los muchachos se vinieron a quedar un tiempo con nosotros, entonces nos pusimos de acuerdo y preparamos dieciocho trampas, cada uno hizo tres, porque hasta la muchacha hizo las de ella. Se trataba de huecos como de un metro de hondo que tapábamos con bejucos y hojas secas. Todos los días al levantarnos salíamos a revisar las trampas y siempre caían picures, conejos, cachicamos, rabipelados y hasta lapas. Una mañana como

a las once estábamos revisando las trampas y todas estaban vacías. En la penúltima conseguimos una mapanare enrollada y en la última un picture. Oswaldo gritó: ¡Aquí está uno!, y una voz que venía por dentro de la tierra, como desde la primera trampa, respondió con tono espeluznante: ¡Aquí esta otro! Todos salimos corriendo para la casa y hasta la fecha, ya tengo 64 años, yo no he vuelto a cazar con trampas.

LUIS ALBERTO MEDINA

Resulta que a mí me gustaba mucho la cacería..., así, de noche. Yo tenía como veinte años, hace bastante tiempo. Una vez fui por la zona de El Cruce, por allá por Turén. Era una fecha mala porque era Semana Santa, y el jueves santo andábamos cuatro cazadores buscando venados. Era de noche. Dos agarramos una zona y otros dos otra zona.

Entonces nos fuimos caminando, la noche estaba muy oscura. Nos paramos en un sitio a descansar con las linternas apagadas. Yo me quedo mirando y veo como a diez metros de donde estábamos nosotros una luz azulosa que viene saliendo del suelo..., era como de polietileno y esa luz se fue levantando y levantando derechita para arriba. Yo le dije a mi compañero: ¿Tú estás viendo lo que yo estoy viendo?, y él respondió: Una luz..., una luz. Esa luz subió como a dos metros de alto. Subía y bajaba, bajaba y subía. Entonces a mí me entró un escalofrío y los pelos se me pararon. Yo me aseguré de que él estaba viendo también. Después empezó a bajar, a bajar hasta que desapareció. Yo prendí la linterna y me fui para el sitio, busqué y nada..., pura tierra. Eso me quedó en la mente y comencé a preguntar para saber si a otras personas les había ocurrido igual. Supe que era una experiencia algo común entre cazadores y pescadores. Algunos me explicaron que esos son huesos enterrados que emanan una sustancia que al mezclarse con la atmósfera producen ese fenómeno. A mí siempre me quedó la duda.

Por aquí en la zona alta de Araure, más arriba de Los Tanques, por ahí por El Yacure, vivía un hombre llamado Crispín. Él me contó una vez que él vivía en una casita y que allí sentía de noche un cochino que le «josaba» por toda la orilla de la casa y por la mañana encontraba todo igualito, y eso lo sintió muchas noches, hasta que tuvo que abandonar la casa.

JUAN GALLEGOS

Cazador piriteño de 77 años

Yo andaba cazando con Lázaro Pérez y otro señor de quien no recuerdo el nombre, eso hace varios años. Andábamos por un sitio que llaman El Pereño, íbamos a velar venados. Yo me quedo solo en un palo y los otros dos se van por allá, para otro palo. Resulta que yo para velar lapas y eso acostumbro quitarme los zapatos y ponerlos en un ladito. Bueno..., me llegó un báquiro con los ojos verdes, que eso nunca se ve, porque al báquiro se le ve apenas una brasita. Le eché un tiro y lo maté y seguí ahí, y cuando me fui a poner los zapatos, que ya nos veníamos, estaban sin cordones..., me los habían robado, teniendo los zapatos en un lado. Al báquiro lo recogí, nos lo llevamos y nos lo comimos. Ese otro día estando mi compadre Clemente Rivero, que Dios lo tenga en la gloria, porque se murió, él salió con los perros para el monte y nosotros nos fuimos con él. Nos paramos allí, en El Jobal, y nos salió un venadito chiquitico, de esos pequeñitos, que las cholas le arrastraban casi al suelo, de esos venaditos cerreños y también lo maté y nos lo trajimos.

JUAN DEL CERRO TOVAR

Me recuerdo en La Llanada, en Camburito, eso no estaba cercado por ninguna parte, ahí no había ninguna finca, el sitio se llamaba La Llanada. Nosotros salíamos todas las noches a «cachicamiá», y un señor que le decían Mano Lao, que era un viejo que tenía mucho poder, él agarraba una hoja verde y la hacía aparecer como un billete de veinte bolívares. Tenía un puñal en cruz y que bendecido y cargaba una marusa con muchas contras. Él había vivido mucho tiempo con los indios en el Amazonas. Él le dijo a mi tío Nicolás Tovar, estaba yo chiquito todavía: Nicolás, deje de estar cachicamiando..., mire que esos animales tienen dueño y cualquier noche lo van a encalamocar. Y fui yo quien se encalamocó una noche.

Mire..., yo corría y corría detrás de la perra y esa perra espantada atrás de un cachicamo que se veía era el puro rabo. Cuando yo iba corriendo atrás de la perra..., *cuji...*, *cuji...*, y esa perra latiendo. En eso oí un grito: ¡Ay! ¡Ay! ¡No me mate! Cuando acordé choqué fue con dos cruces ahí en esa sabana y ahí perdí el conocimiento y amanecí en La Llanada, donde estaban unos mangos. Allí fui a dar. Mi tío se vino y empezaron a buscarme, pero no me

consiguieron sino al otro día y la perra apareció a los dos días.